
Haslam, Jonathan, *The Spectre of War: International Communism and the Origins of World War II*, Princeton & Oxford, Princeton University Press, 2021, 481 p. ISBN: 9780691182650. 31,12€ 

Introduction. 1. Crossroads to World Revolution, 1917-1920. 2. Europe at the Brink. 3. Subverting Great Britain and Its Empire. 4. The Manchurian Fiasco, 1931. 5. Stalin's Gamble on German Nationalism. 6. The Impact of Hitler. 7. Italy Breaks Out. 8. The Paradox of the Popular Front. 9. Spain and the Schism of Europe. 10. A United Front against Japan. 11. The Appeasement of Germany, 1937-1939. 12. War, 1939-1940. 13. The Invasion of the Soviet Union. Conclusions. *Notes. Bibliography. Index.*

Este libro del experimentado historiador Jonathan Haslam va mucho más allá de lo que promete su título. El mundo en el que vivimos fue formado por la Segunda Guerra Mundial. Es necesario comprender lo que ocurrió y lo que todavía ocurre. Las lecciones todavía tienen que ser aprendidas. Hasta ahí todo cuadra; pero si, después de leída una obra apoyada en una vasta erudición, afrontamos las conclusiones, hay muchas razones para el asombro, además de para la admiración.

La historia de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial ha sido durante mucho tiempo empleada por los políticos como una alegoría dramática para las crisis internacionales del presente. La cruda lección machacada en la generación de la inmediata posguerra —ciertamente en Inglaterra, donde las consecuencias y la ingenuidad fueron las más severas, pero también en Francia, que sufrió mucho del fracaso de Inglaterra a la hora de seguir la dirección correcta, y en los Estados Unidos, que al comienzo se mantuvieron al margen, pero que después tuvieron que soportar el peso— era que apaciguar a los dictadores solo abre su apetito.

Una lección crucial en la historia de las relaciones internacionales ha sido hasta ahora frecuentemente poco tenida en cuenta. Y se refiere directamente a la experiencia de la Revolución Bolchevique y a la reacción frente a ella. Esto no es algo que pueda ser entendido consultando solo las fuentes de lengua inglesa en Europa, pero ignorando las fuentes rusas más allá de ellas, como ha ocurrido tantas veces. Además, el análisis de las relaciones internacionales en el siglo XX no puede ser reducido con éxito a la simplicidad de la tradicional política del equilibrio de poderes sin hacer un gran daño a la verdad. Aplicar con poca imaginación nuestro entendimiento de las relaciones interestatales de una época a otra era enteramente diferente puede parecerles adecuada a algunos tradicionalistas, pero solo puede decepcionar.

Como hemos visto, la Revolución Bolchevique, como la Revolución Francesa aproximadamente un siglo antes, sacudió los mismos fundamentos de las relaciones internacionales. La guerra aliada de intervención de 1918-19 para hundirla fracasó por falta de resolución y por la ausencia de apoyo público tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos. Una vez que el camino hacia la revolución en Europa se deshizo a comienzos de los años veinte, y una vez que lo mismo ocurrió en Asia bastante antes del final de la década, los *bien pensant* liberales británicos asumieron ampliamente que la Rusia



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

bolchevique se convertiría, bajo una sostenida presión de sus vecinos más poderosos, más o menos tarde, en un país «normal».

Esta asunción incontestada nació del reconfortante determinismo de la economía clásica en las raíces del liberalismo del siglo XIX. Dio a los funcionarios predominantemente *whigs* del *Foreign Office* un reconfortante fundamento para la muy favorecida política de no hacer nada: «espera cautelosa», como preferían llamarla. Así, el exilio de Trotsky después del triunfo de Stalin fue completamente malentendido. Stalin era el hombre que prefería con mucho el *Foreign Office*. La única diferencia real entre ambos en términos de relaciones internacionales, sin embargo, era que, mientras Trotsky creía que los extranjeros tenían la capacidad de hacer sus propias revoluciones, dado que el mundo capitalista estaba en las últimas, Stalin creía con la misma firmeza que los extranjeros eran demasiado incompetentes como para gobernar sin la asistencia militar directa de la Unión Soviética, debido a que las condiciones de base no eran de ningún modo tan propicias como Trotsky suponía.

Sin embargo, una vez que se confirmó en 1936 que el bolchevismo estaba en retroceso, con el Frente Popular en Francia y España como puntas de lanza, la reacción, ciertamente en Inglaterra, fue tan resueltamente hostil que no pudo plantearse ninguna alianza con la URSS para contener cualquier agresión de la Alemania nazi en el continente europeo. En este punto crucial, el trauma imperial británico de los años veinte reforzó los temores por el destino de Europa que el fascismo nunca rivalizó. Se asumió que Mussolini era fundamentalmente digno de confianza en casa, donde mantenía al bolchevismo en su lugar y a Gramsci en la cárcel, aunque era provocativo en sus ambiciones exteriores. Las infracciones del Tratado de Versalles por Hitler, o la reocupación de Renania, fueron vistas como la necesaria rectificación de injusticias recientes; el fascismo en Alemania, como en Italia y en España, era visto como el antídoto necesario frente a los excesos revolucionarios.

En algunos sentidos, la interpretación oficial británica era justificable. El *Comintern* vio de hecho al Frente Popular no tanto como un obstáculo necesario para la expansión del fascismo, sino como un camino más efectivo para la revolución. Después de darse cuenta de que los rusos no habían dejado a un lado sus ambiciones revolucionarias, sino en todo caso les habían dado un nuevo ímpetu, los británicos abandonaron cualquier noción de una geopolítica al margen de los valores. Después de hacerlo, asumieron débilmente que la misma fijación ideológica que ahora les poseía haría imposible un acercamiento entre Hitler y Stalin. Habiéndose ellos mismos despertado a la trascendencia de las ideas, los británicos no tomarían nada más importante que la ideología en las mentes de los demás. Por ello dejaron la puerta entreabierta al pacto nazi-soviético de 1939. Esta fue una deducción defectuosa con consecuencias incalculables. Pero, ¿aprendieron alguna vez las lecciones quienes gobernaban Gran Bretaña? Mientras desastres tales como el ataque japonés en Pearl Harbor en 1941 llevaron a comisiones de investigación, los siniestros diplomáticos están pacíficamente enterrados en los archivos, con la intención de que los detalles no sean revelados antes de la muerte de todos los implicados.

El historiador debería, desde luego, ejercer siempre la precaución antes de concluir que la historia nos enseña algo en general, que podría haber tenido aplicación prác-

RECENSIONES

tica en lo particular. Británicos y americanos han tendido a asumir que la toma de decisiones es racional; que cualquier apartamiento de la racionalidad debe ser una aberración temporal, remediable únicamente con esfuerzo, tiempo y paciencia. Esta atadura a una creencia en el dominio de los acuerdos razonables dentro de una cultura compartida, impregnada en el mundo del comercio, donde el pragmatismo lleva la batuta y las diferencias de interés se superan a través del compromiso (un rasgo reforzado durante el periodo de posguerra por la psicología behaviorista: skinnerismo) que domina en las principales universidades americanas. Pero esta aproximación racionalista es profundamente errónea, por el hecho de que asume que nuestro propio sentido de la realidad no está, por sí mismo, minado por distorsiones de visión. Incluso cuando los regímenes insurreccionales despliegan una firme determinación de minar la obra del sistema internacional en su conjunto, la tendencia ha sido, invariablemente, la de asumir que el «sentido común» volverá antes o después y reafirmará su dominio natural. Los británicos así recaen en el «pensamiento vigilante», mientras los americanos sucumben a la «paciencia estratégica».

Las lecciones que los americanos han sacado de la disuasión nuclear —que bajo la terrible amenaza de la aniquilación mutua los gobiernos se comportarán sensiblemente— ofrecen una lectura que da seguridad, e inevitablemente tienden a reforzar la fe en la idea de la racionalidad por la fuerza de las circunstancias. Cuando se han enfrentado directa e inmediatamente con la extinción, ha parecido que incluso el actor más irracional se echaría atrás al borde de su apuesta —Nikita Khrushchev, por ejemplo, se retiró durante la crisis cubana de los misiles en octubre de 1962, abandonando su apuesta de alto rango de superar las defensas americanas y forzar a los aliados a que salieran de Berlín—. Y esperemos que el buen sentido y el instinto de supervivencia continúe manteniéndose verdadero entre los nuevos poderes nucleares; aunque tales instancias pueden muy bien pasar de ser la excepción más que la regla.

Cuando la revolución fundamentalista del *ayatollah* Jomeini estalló en Irán en 1979, la inclinación en Londres y en Washington fue la de dejar pasar las cosas hasta que el fuego se quemara a sí mismo. Habían fracasado a la hora de ver lo que estaba llegando, a pesar de la evidencia que tenían delante de la cara. Habían cometido el error inicial de qué podría ocurrir, a pesar de que tenían la evidencia delante de la cara. Los diplomáticos y los espías pronto siguieron con su segundo error de juicio, sobre lo que ocurriría en Irán: la revolución islamista, como la bolchevique en 1917, no desapareció sin más. Había estado llegando largo tiempo y no le faltaba la yesca adecuada. Los «moderados» no tomaron el lugar de los «extremistas»; más bien ocurrió lo contrario. El extremismo se convirtió en algo completamente institucionalizado sin por ello moderarse. Más aún, como en 1919, los fanáticos procedieron a extender la revolución fuera, con una rapidez, un vigor, una disciplina y una determinación que sorprendieron a todo el mundo. Los fundamentalistas islámicos habían ganado, después de todo. Por parte de las democracias capitalistas industrializadas, esta fue, efectivamente, una repetición de los errores de juicio hechos décadas antes. El dinamismo del islam fundamentalista está todavía con nosotros. Lo que faltaba en el análisis del sistema internacional era que sus elementos constituyentes, los estados, fueron tomados en la práctica por lo que no eran: máquinas inteligentes, articuladas, como negocios que operaban en el mercado, cuya conducta estaba



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

abierta a la predicción; no organismos, formas de vida que evolucionan de acuerdo con su dinámica interna afectados por su etnicidad y su cultura tradicional.

La tendencia a asumir la misma mentalidad se ha demostrado invariablemente arrolladora y errónea. La sociedad es, y siempre fue, un organismo complejo. La ideología y la tradición cultural siempre han pertenecido más al mundo de los organismos que al de las máquinas. Esto importa, porque las ideologías en el sistema internacional, una vez activadas, pueden socavar completamente la predictibilidad, ya que no operan con los parámetros de estados más establecidos. La asunción de que el sistema es conducido por actores racionales cae así a un lado, porque el cálculo de lo que es racional es contingente en la cultura y en la evolución histórica. La diferencia es fundamental entre, en sus extremos máximos, un país dirigido por fanáticos inclinados al cambio revolucionario y un país gobernado por élites complacientes, bien arraigadas y con mucho que perder.

Esto nos deja con un pensamiento poco confortador. ¿Podrían reemerger en algún momento el bolchevismo o el fascismo? Las ideas que están en los extremos del espectro no desaparecen. Pueden ocultarse momentáneamente de nuestro campo de visión a través de la evaporación de la superficie. Pero de pronto, sin aviso, pueden condensarse y descender sobre nosotros como una tormenta inesperadamente destructiva. Dichas ideologías no encuentran un seguimiento de masas mientras la economía está en equilibrio. Pero la historia nos dice que este estado de equilibrio no puede esperarse que continúe indefinidamente.

El Gran *Crash* de 1929, como los de 1873 y 2008, no era una excepción del sistema económico. Las grandes recesiones son tan recurrentes en el capitalismo como los fuegos incontrolados en un bosque, que quema todos los arbustos improductivos para aclarar la tierra y volver a sembrarla. La respuesta gubernamental a la crisis de 2008, bajo presión de la élite, fue apuntalar a los bancos, pero no al consumidor, con amplios préstamos por los cuales el Estado —en último término, generaciones futuras de impositores— asumía el peso de la deuda. El resultado fue una recuperación débil, anémica, al estilo japonés, cuando una redistribución de la riqueza nacional se efectuó en desventaja del ciudadano. La revolución Trump en la economía americana recargó la máquina desde abajo recortando impuestos y regulación, pero la economía mundial hasta 2020 estaba todavía flotando en un mar sin precedentes de deuda pública y privada, que complicaba y magnificaba el impacto del colapso cuando el mundo fue golpeado por el coronavirus. Desde la reactivación de la economía mundial después del *crash* de 2008, no se ha hecho ningún intento serio de hacer retroceder el peso global de la deuda, que es más del 50 % mayor que una década antes, alcanzando los 255 trillones de dólares. Más bien lo contrario.

Cuando el mercado es consciente de que las deudas no pueden afrontarse a ninguna escala, la confianza en el reembolso se colapsa, hundiendo casas financieras enteras y amenazando al sistema bancario global. Si los dominós comienzan a venirse abajo, no hay nada que les impida su colapso. En el caso de que la deuda global continúe acelerándose, el próximo *crash* excederá con mucho al anterior. Podría otra vez ser gobernada por una economía hasta ahora ignorada por muchos como poco importante, aparentemente situada en los márgenes del sistema financiero mundial. Los estados se hacen quebradizos si economía y sistema financiero comienzan a fallar.

RECENSIONES

La lección de los años de entreguerras es que en la vida política los extremos pueden muy fácilmente convertirse en corrientes dominantes. Y esto repercute en la economía, en que la confianza para invertir será minada por la inestabilidad política, y más por el extremismo revolucionario. Grupos políticos periféricos, bajo la dirección de los mentalmente inestables durante un *boom*, pueden demasiado fácilmente hacerse populares cuando la economía se enfrenta con la quiebra —bien a través del desempleo masivo o de la inflación rampante—; y no solo la clase trabajadora sino también las clases medias serán víctimas de sus peores miedos, de una desposesión. Puede llegar el caso de que el impacto inflacionista de expandir con fuerza la oferta de moneda en todo el mundo mine la confianza en las principales monedas y reduzca el valor de los ahorros en dichas monedas de forma apreciable, si no las reduce a cero.

Dentro de la Unión Europea, el crecimiento del populismo de extrema derecha en Francia y Alemania tiene todavía que amenazar el orden político existente. El destino próximo de Gran Bretaña es desconocido. En China, el mayor deudor del mundo, la tapadera sobre el disenso político y la libertad económica ha sido fuertemente apretada; solo las explosiones en Hong Kong mostraron el potencial de desorden de masas en una ciudad de primera magnitud. Incluso dentro de los Estados Unidos, el segundo mayor deudor del mundo, pero todavía con la economía mundial de más éxito, el amplio consenso que emergió de forma inestable a partir de la guerra de Vietnam, se ha roto de nuevo. Los disturbios creados por organizaciones extremistas han sido tolerados por las autoridades locales en Nueva York y el estado de Washington; la reacción entre las clases medias se ve en el amplio crecimiento de la propiedad de rifles, allí donde escapar de la ciudad no es una opción práctica.

Al margen de otros síntomas alarmantes de la inestabilidad política internacional, sobre todo la apuesta por la hegemonía en Oriente Medio de Irán, o la amenaza de una guerra tarifaria general, con imprevisibles consecuencias para la tendencia al alza del comercio en todo el globo, pesan sobre el mercado. Tenemos buenas razones para preocuparnos. La principal razón, entonces, es no ignorar la historia contemporánea. Los huesos desnudos de los datos archivísticos —el pasado en esqueleto—, solos, vitales como son, nos dan la estructura, pero poco de la esencia. La carne de la historia llega a nosotros sólo a través de la restauración de las ideas prevalentes y de las asunciones dominantes de una era, y el camino en el que interactuaron con la vida material para colocarnos al borde del desastre. Escribir sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial ignorándolo es hacer trampas con las generaciones subsiguientes. La historia ofrece advertencias, si nos cuidamos de reconocerlas por lo que son.

Las conclusiones a las que llega son sabias, pero, a mi juicio también sorprendentes, porque —como suele ocurrir con quienes son verdaderos expertos— van mucho más allá de lo que se dice en el libro, cuyo último capítulo se dedica a la invasión de la URSS por la Alemania nazi. Pero no se debe olvidar lo que el autor afirma en el prefacio: 1) que el mundo en que vivimos fue conformado por la II Guerra Mundial y hay que aprender sus lecciones; y 2) que el objetivo del libro es ofrecer la historia de las relaciones internacionales desde fuera y la historia de las ideas desde dentro: las ideas proyectadas como propósito concreto en las relaciones internacionales.



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

Jonathan Haslam es George F. Kennan Professor del Institute of Advanced Studies de la Universidad de Princeton. Entre sus últimas publicaciones destacan *Russia's Cold War: from the October Revolution to the Fall of the Wall* (2011); (con Karina Urbach, eds., 2014), *Secret Intelligence in the European States System, 1918-1989*; *Near and Distant Neighbors: A New History of Soviet Intelligence* (2015).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra